

Función de la Universidad Católica en el Desarrollo de la Iglesia en la América Latina

Por Monseñor Félix Henao Botero

Malas herencias

El mundo latino-americano ha tenido algunas herencias negativas que han dejado un lastre de incertidumbre a las generaciones actuales. El laicismo nos vino de lejos con sus secuelas trágicas de la expulsión de la Compañía de Jesús, las leyes de manos muertas, el divorcio vincular por la secularización del matrimonio; el escepticismo que desconoció los primeros principios de la razón para erigir la duda metódica dejando sin anclas la tradición de la verdad como la adecuación de la mente con el objeto real y la evidencia como primer fundamento del conocimiento; el roussonianismo que cambió los principios morales objetivos por una moral sensiblera y engendró una democracia cuantitativa e inorgánica; el kantismo que divorció la moral natural para convertirla en una moral subjetiva cambiante; el marxismo que separó la moral de la economía y, finalmente, la abolición del método deductivo creador de las grandes Sumas, por el inductor, el cual, aunque obtuvo progresos extraordinarios en el estudio real del continente, llevaba en su seno el individualismo que operaba la desvinculación en casi todos los órdenes económicos, sociales y políticos.

Cuando llegó la revolución, la mayoría del clero era peninsular y sus preladados también, y volvieron a sus lares.

Ya es de todos conocido las dificultades puestas por la Santa Alianza y por los embajadores de la Península para impedir que la Santa Sede reconociese la independencia de estos países y el trabajo laborioso para que nombrase obispos por la oposición del Patronato Regio.

Por otra parte el régimen feudal y la herencia de la esclavitud dejaban a través de todos los países el latifundio absorbente e incontralado por la teoría del estado gendarme y las leyes económicas enseña-

NOTA. — Ponencia presentada al IV Congreso de la Organización de Universidades Católicas de América Latina, en Lima (Perú).

das en las universidades que el Estado quitó a la Iglesia, sobre el libre cambio y la libre concurrencia, dejando desamparados al indio y al negro, sin una protección oficial. Y el desconocimiento de las leyes de Indias que los amparaban y frustraban las más mínimas aspiraciones de los mismos en los campos de la cultura, en el terreno de la vivienda, de la salud y de su vida económica que siguió siendo infrahumano.

Pasada la independencia rebajó el nivel académico de las universidades, fueron cerrados muchos conventos, los pueblos en que los misioneros agruparon a los indios, quedaron huérfanos en su mayoría y se disgregaron de nuevo por las selvas, en el Brasil, en la Gran Colombia, en el Paraguay y en otras naciones que nacían a la libertad política, sin bases ni leyes para la libertad económica.

Las guerras civiles y religiosas engendraron el caos económico durante el siglo diecinueve en casi todo el mundo latino-americano cambiando constituciones por las normas que llegaban de Europa, inadecuadas a menudo a nuestro medio, perseguidoras algunas veces de las libertades esenciales, aun de las religiosas, según la mentalidad del caudillo triunfante o del partido victorioso, llegando a suceder que las armas supeditasen los principios naturales y libertades esenciales.

Una pequeña minoría de criollos tuvo acceso a la educación superior, los colegios de la Iglesia habían desaparecido casi en su totalidad, las universidades no solamente abolían las facultades teológicas que habían recibido los principios salmantinos, base del derecho de gentes y la luz de la revelación que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, y disgregaron las universidades en escuelas aisladas sin cemento orgánico ni una cohesión espiritual. La universidad que nació junto a las catedrales y respetó la libertad de las ciencias perdió su brújula e ignoró los caminos que conducen a Dios en la misma búsqueda de la verdad.

En el presente siglo emergen cambios sustanciales en la configuración socio-económica, debido a la ruptura del principio de la división internacional del trabajo: las dos guerras mundiales hicieron desaparecer la antigua división entre países industriales y coloniales con el creciente deterioro de las condiciones de intercambio en vigencia, en el cuadro de comercio colonial tradicional, suscitando la necesidad de sustituir con productos internos los antiguos productos importados y de encontrar una salida interna a los productos anteriormente exportados.

La industrialización incipiente, trajo consigo las migraciones masivas a las ciudades que se convirtieron en metrópolis rápidamente sin que hubiese una planeación para recibir las ni campo para las juventudes rurales que llegaban abandonando una comunidad en que habían arraigado y cuyas costumbres y tradiciones se veían traumatizadas violentamente.

El crecimiento demográfico en el continente pasó de sesenta y tres millones de habitantes a comienzos del siglo a doscientos en 1960, disminuyendo la población campesina en algunos países del ochenta al cincuenta por ciento, llenando las ciudades de cinturones de tugurios y de gentes sin empleo.

Una baja renta per cápita, dice el informe de FERES, elaborado por teólogos y sociólogos de la América Latina, solo alcanza a diez por ciento de la renta en relación con las naciones más desarrolladas.

Y como las leyes sociales empezaban a aparecer entre nosotros lenta y tardíamente mientras la mano de obra se ofrecía con largueza, los salarios no alcanzaban sino para una vida infrahumana y la carencia de vivienda y ausentismo de los campos hacían rugir a una muchedumbre hambrienta mientras las leyes que los protegieran empezaban a aflorar a veces con lentitud, con precipitación otras y con la quiebra de algunas industrias incipientes, mientras el ausentismo de los campos encarecía los productos básicos y los mercados internacionales, para nuestras materias primas, los pagaban arbitrariamente, comúnmente a precios que no consultaban la equidad.

La filosofía y el desarrollo (1)

“Una comunidad de hombres de varias generaciones, dedicados a la busca de la verdad, en el intento de extender a todos los bienes que derivan de su hallazgo. Tal entendemos por Universidad, sin pretender que sea perfecta esta definición, y a sabiendas de las limitaciones que trae consigo definir.

Comunidad de hombres de varias generaciones, más bien que de maestros y discípulos, porque las funciones del profesorado, del graduado y del alumnado en la Universidad no son tan diversas como a primera vista aparecen y como en otros grados de la enseñanza. El docente universitario no tiene por función única transmitir los conocimientos de su generación, anterior a la de sus discípulos, sino que para él es absolutamente necesario aprender, buscar la verdad, ponerse a tono con los conocimientos de su generación sino del mundo en su día. Nadie ha definido si tiene que estudiar más y aprender más. Del mismo modo cada miembro de la comunidad perteneciente a la generación joven no es simplemente objeto pasivo de la ciencia acumulada por la humanidad a lo largo de sus milenios. El universitario está dotado de bases que permiten indagar verdades antes desconocidas por él y comunicarlas a los demás miembros del grupo mediante el diálogo y el trabajo en común. Esta función es a la vez discente y docente, ni más ni menos que la del profesor. De manera que la tarea de la Universidad, aprender y transmitir, se cumple por todos sus miembros. Es axiomático que en la Universidad se aprenda más fuera que dentro del aula.

Los comuneros pertenecen a varias generaciones. Se concibe fácilmente una entidad académica de seniores solos, pero la universidad deriva su dinámica en la busca de la verdad del choque y circuito de tradición y novedad, o sea de la erudición y la invención. Los decanos y los seniores llevan en su nombre mismo el concepto de edad mayor,

1) — Henao Botero, Félix Mons., Sanín Echeverri, Jaime y Mejía Ramírez, Gustavo. Apartes de la ponencia presentada por la Asociación Colombiana de Universidades ante la IV Asamblea de la Unión de Universidades de América Latina.

como los juniors el de juventud. Aquellos son personas que han dedicado mayor número de años a la busca de la verdad y esta antigüedad en el servicio los constituye en autoridades dentro de la tarea común.

La indagación metódica en grupo de verdad es la cátedra, llámese laboratorio o seminario, dirigida siempre por los antiguos, los más doctos y experimentados, los doctores. Autoridad que en ninguna manera influye para que sus conceptos sean tenidos como ciertos sino en la medida de las pruebas que aporten. Se trata de que sean ellos quienes dirijan y orienten la búsqueda de la verdad por medio del método. No son siempre quienes enseñan. Enseña el que halla en cada caso la verdad. Muy frecuentemente el miembro joven de la Universidad es el que la halla. Mediante el diálogo cada miembro del grupo de búsqueda se enriquece con los hallazgos de todos.

Resulta así que no hay diferencia entre la docencia y la discencia, ni entre enseñar y aprender, ni entre enseñar, aprender e investigar. La investigación que es esta misma búsqueda de la verdad puede dividirse en erudición e invención. Erudición, el hallazgo de verdades ya conocidas por los hombres pero que eran ignoradas por el miembro investigador de la Universidad, docente o discente. Resulta una utopía que el universitario o al menos la comunidad universitaria posean todos los conocimientos ya descubiertos por la humanidad. Sin embargo esa es la tendencia, ese el motivo y la razón de ser de la Universidad, ello lo que dice su nombre. De ahí que no la definamos como poseedora de la verdad, ni siquiera como una comunidad que encuentra la verdad, sino que la busca. La búsqueda es acción para el hallazgo. El hallazgo será siempre particular, parcial, limitado. Pero el conato es universal. Así son todas las universidades, las pequeñas y sin grandes medios para el hallazgo frecuente, como las numerosas y bien dotadas, siempre que estén empeñadas en esta dinámica de la búsqueda.

Llamamos invención el hallazgo de verdades antes no conocidas por ningún hombre. No debe sin embargo pensarse en que haya diferencia fundamental entre la invención y la erudición.

Solamente mediante la erudición y la aprehensión de los conocimientos tradicionales de la generación mayor, puede una generación dar este aporte maravilloso del invento, la mejor flor de la Universidad. Puede suceder que en muchos lustros y aún siglos una comunidad universitaria determinada, nada vistoso invente, y ello no le resta grandeza ni gloria, siempre que busque e indague. Pero ha de creerse que el invento es solamente la novedad tecnológica de aplicaciones útiles no observadas antes. La invención tiene campo vastísimo en las artes. La imaginación creadora produce valores estéticos o la investigación histórica valores históricos o la disquisición metafísica planeamientos originales o el análisis sociológico hallazgos verdaderos. Cada vez que realiza un diagnóstico acertado, el médico o el alumno de medicina ha hallado una verdad no conocida por ningún hombre para este caso concreto del paciente. Así la Universidad en su rutina diaria está colmada de invención que es una aplicación nueva de saber tradicional o erudición.

Pero hemos discurrido solamente sobre el campo del conocimiento y nos falta el objetivo de esta comunidad. No es la ciencia, aunque ella

es la materia que nos sirve de medio para la consecuencia del objeto. La ciencia por sí misma no existe: requiere la mente humana y solamente en ella reside y señorea. Es, pues, el hombre en cuanto aprende la verdad y practica el bien el objeto de la Universidad. No es enseñar. Es aprender y ejercer. Nada realiza, nada crea una institución que enseñe mucho y en la cual nada se aprende. Pero tendríamos de la Universidad un concepto falso y parcial si fuera el hombre que conoce solamente su objeto. Lo tendría en sí misma de modo inmanente, en esa comunidad aislada de maestros y discípulos.

En la definición que hemos adoptado decimos que la intención de extender a todos los hombres los bienes derivados del hallazgo de la verdad es de la esencia universitaria, tanto como la búsqueda de la verdad. He ahí su trascendencia. Si entre los atributos de todo ser está la verdad, no está menos el bien. La verdad en cuanto mejora al hombre, tal el bien universitario. Sería no ambicionar a que todos los hombres consagrasen su vida a la búsqueda de la verdad, pero igualmente torpe si predicásemos que los iniciados en ella deben guardarla en secreto con perjuicio de sus semejantes. La ciencia, toda la ciencia, es patrimonio del hombre de la humanidad toda. La Universidad perfecciona a unos hombres buscando la verdad toda y hallando algunas verdades en el servicio de todos. Aquí el contenido ético, tan esencial como el lucubrativo. El objeto de la Universidad, pues, es hacer partícipe hasta el hombre más ignorante de los servicios derivados del más alto nivel científico logrado por la humanidad.

A veces se toma como objeto de la Universidad algunos de sus objetivos parciales: la unidad nacional, el dar a la comunidad nacional una clase dirigente docta, la recta gobernación de un pueblo, la conservación y transmisión de la cultura, la formación de los profesionales liberales. Todo eso y más hace la Universidad. Pero lo importante en su esfuerzo por llevar a todos los seres humanos el fruto de todos aquellos conocimientos que están solo al alcance de los privilegiados dueños de una cultura superior. Cultura y servicio reunidos, he aquí el contenido de la educación.

Dicho de otro modo, la persona humana, por el solo hecho de serlo, tiene derecho a participar en los beneficios hallados por sus semejantes y que mejoran el hombre en general. Otra afirmación sería negar la solidaridad de la especie. Así el titular del derecho universal no es simplemente el miembro de la comunidad universitaria, sino el hombre en general, lo que suele llamarse el pueblo.

Un científico descubre la droga que cura una enfermedad. De este hallazgo deben ser beneficiados todos los hombres que la sufren, sin que haya relación con el conocimiento que tenga el paciente sobre el agente patógeno que la produce ni sobre el principio químico que la combate.

El pueblo ignorante tiene derecho a que su litis sea representada por un hombre versado en la ciencia del derecho, y fallada por un juez docto en la misma disciplina.

Hallado un híbrido que mejore las cosechas, el agricultor tiene derecho a sembrar la nueva semilla, y el consumidor a alimentarse de ella sin obligación correlativa de conocer las leyes de la genética.

Hallada una verdad relativa a la luz, a la humedad, al espacio en la vivienda del hombre, es violatorio del derecho humano que se construyan casas que por no reunir estos requisitos le restan el derecho a la salud, al bienestar o a la cultura.

Inventado un sistema de transporte, o descubierta una transformación industrial con aplicaciones útiles o un sistema de organización o método que racionalice un trabajo, de todo ello ha de ser beneficiario el hombre raso.

Y esta es la relación permanente del ser humano con la Universidad. Aunque no todos puedan poseer una cultura superior, todos tienen derecho a beneficiarse de ella.

El dueño de la Universidad, el que se usufructúa de ella, es el pueblo. Solamente por eso resulta lógico que se realicen esfuerzos económicos inmensos con dinero del Estado, de la Iglesia o de los particulares para sostener estas casas de educación superior.

El hombre de alta cultura resulta siendo un privilegiado en todas las comunidades nacionales, pero solamente es legítimo su privilegio a trueque de su obligación de prestar al pueblo servicios científicos.

La primera extensión, la extensión obvia, de la Universidad es el trabajo de sus egresados. Aunque muchos de ellos estén lejos físicamente de las aulas, forman parte tan esencial de la comunidad universitaria como los maestros y discípulos. He aquí un principio al cual debe dársele forma por los legisladores y por las universidades mismas. Los graduandos no pueden en manera alguna sentirse o ser personas desvinculadas de la comunidad y ello debería sancionarse con la limitación de sus privilegios. Su participación en las tareas de la búsqueda y extensión ha de ser reglamentada y obligatoria. Su colaboración económica inclusive en la vida de la Universidad es un imperativo de justicia. No se cumple este deber con un período de servicio gratuito o barato, como el año de judicatura, de odontología o de medicina rural. A lo largo de todo el ejercicio de su profesión, el graduado ha de llevar al pueblo esa misión universitaria bienhechora, y es la Universidad la llamada a encauzar y dirigir esta enorme fuerza, patrimonio del pueblo. Hasta dónde lo hemos ignorado e incumplido, hasta dónde el graduado universitario corresponde a su pueblo ésto, resulta un tema trascendental para nuestra meditación y debate. Realmente esta principalísima función social de la Universidad, el servicio público organizado de sus egresados, ha sido y está poco menos que abandonado. Es menester crear conciencia de él desde el ingreso a la Universidad, pues de lo contrario el graduado universitario, con mentalidad individualista, lejos de ser dispensador de beneficios al pueblo, se convierte en un enemigo que limita el derecho humano a los servicios científicos.

Si la comunidad de la Universidad se prolonga efectivamente a lo largo de la vida profesional del egresado, la socialización de las profesiones no sería necesaria. La Universidad dirigiría esta función social dentro del gobierno de su propia comunidad. Quizás en tanto sería necesaria la socialización de las profesiones en cuanto sus titulares no las ejerzan en función comunitaria.

Pero también esta labor de extensión compete a los demás miembros de la comunidad universitaria. La parte compacta, el cuerpo de

profesores y alumnos, en sus tareas cotidianas, tienen obligación de irradiar conocimientos y servicios sobre la comunidad nacional.

La Universidad debe cumplir su función de orientación de la nacionalidad por encima de los partidos y fracciones. Se ha dicho que no es el Estado el competente para decir cómo es la Universidad sino ésta la que debe decir cómo es el Estado. La vieja función de consultora de los gobernantes puede cumplir la Universidad moderna con más armas que la antigua. Todos los planes de progreso común, todos los nuevos medios mecánicos para el desarrollo industrial, agrícola y social, las fórmulas de mejor conveniencia, las correctas relaciones entre los estratos que forman la sociedad, los derroteros que un pueblo se traza para su engrandecimiento, en parte alguna pueden estudiarse a cabalidad e imponerse con los métodos de la convicción como en la Universidad.

El contacto de los hombres más sabios con el vulgo para la extensión de los conocimientos y de los servicios debe ser rutinario. Al Alma Mater deberían llegar no solo quienes han de optar un título académico, sino el pueblo todo. Claro está que no soñamos en la Universidad popular en cuyos laboratorios puede actuar como operario el primero que pase por la calle. Es la verdad difundida a la masa popular con sus métodos apropiados, es la Universidad que sale a la barriada, a la vereda y la que abre su auditorio para la divulgación. Que abre consultas profesionales en todas las carreras. Que sirve en los hospitales docentes. Que plantea la vivienda del miserable o hace de defensor de oficio en causa del indigente, o litiga de parte del desheredado en juicios civiles de mínima cuantía que no tendrían sitio en el bufete del abogado.

Pero la primera función social de la Universidad es ser laboratorio para la mejora del hombre, y en la práctica cada Universidad para la mejora del pueblo. Los miembros de la Universidad que por unos años se consagran a la búsqueda de la verdad empiezan la carrera ocupando el último sitio de una comunidad parcial, pero la terminan recibiendo el sitio principal en la comunidad nacional. Es entonces cuando los hallazgos de la comunidad universitaria se vuelven irrefrenables sobre la comunidad nacional. Nada hay en las reformas sociales y en las revoluciones científicas que años antes no haya estado en la mente de los universitarios. La única manera de influir sobre la marcha del mundo o de la nación dentro de contados años es influir hoy sobre la comunidad universitaria.

Así el estudio mismo, el análisis reflexivo, la búsqueda, el silencioso trabajo del laboratorio, es por sí mismo la suprema función social de la Universidad presente sobre la vida nacional e internacional del futuro. Por mucho que pretendamos inspirar activismo a los miembros de la Universidad, respetemos aquellos que dedican a la investigación toda su vida. También ellos, y quizá más excelentemente que todos, están cumpliendo la función social de la Universidad".

La integración universitaria

En la Universidad medioeval y colonial cuyos métodos deductivos eran predominantes, la preocupación teocéntrica mostraba como e-

vidente la unificación de las ciencias bajo el reino de la teología. Sea porque el Concilio de Trento separó, para mejor disciplina eclesiástica, los seminarios conciliares, con lo cual alejó a los teólogos de los estudios de humanidades, o en fin porque el renacimiento se caracteriza por el antropocentrismo, lo cierto es que la edad moderna se inicia en Europa bajo el dominio de la filosofía, disciplina humana que prescindió de la revelación religiosa.

El método inductivo invade la ciencia moderna y se llega a plantear una negación de todo lo deductivo. Esta es la crisis de la Universidad y su peligro de desaparecer o convertirse en un instituto tecnológico. Las divinidades se conservan en algunos claustros más como reliquia tradicional que como señoras de todas las ciencias. Pero las humanidades empiezan a ser menos menospreciadas. Hay universidades que resultan ser una suma de escuelas profesionales, ninguna de las cuales tiene en su plan estudio de filosofía. Los estudios del hombre subsisten en los nuevos métodos inductivos de la antropología, de la sociología, de la psicología experimental. A veces se niega la existencia misma de la metafísica.

Sin que nadie haya negado la unidad de la verdad, por cuanto no puede haber verdades contradictorias, los hallazgos empíricos resultan ahora tan alejados los unos de los otros, que se piensa solamente en su beneficio inmediato y tangible, y no en llenar esas zonas inexploradas del conocimiento que a todos armonice y aune. Cada ciencia, ufana de ser, pretende proclamar una imposible autonomía y así la Universidad llega a desintegrarse; en lugar del diálogo comunal tras del hallazgo de la verdad, sobreviene frecuentemente el silencio y aun el encono del especialista contra las verdades que no son de su dominio, la magnificación de la verdad parcial y el desdén de la universalidad. Aceptado el postulado evidente de que hoy es imposible disertar "de omne re scibili" y que produce más saber con profundidad algo que con superficialidad mucho, una teórica división del trabajo irrumpió el diálogo erudito en la Universidad. Cada profesión, cada rama de la ciencia, erigió su casa y se consideró un todo. Un falso planeamiento de la idea de la Universidad trató de encontrar su objeto en la ciencia deshumanizada.

He ahí la deformación de la Universidad que más ha influido en la América Latina. Nacidos nuestros países en el auge del individualismo, a él debemos nuestra proliferación. Por eso somos dieciocho estados del habla española desde el momento que dejamos de pertenecer a una sola nación. Ello mismo se refleja en nuestra industria y en nuestra Universidad. Cuando la fuerza cultural es de partículas se desintegra y atomiza. Nuestros hombres se sienten si acaso, parte de su escuela o facultad o profesión, pero olvidan que son miembros de la Universidad.

Cooperación de las Universidades Católicas en el desarrollo de América Latina

La filosofía de Santo Tomás, en sus grandes líneas y sus tratados teológicos continúa siendo base indispensable de las universidades católicas, y en la educación cristiana de las juventudes. Es sintomático

que el sagrado Concilio Vaticano Segundo, solo menciona tres santos a través de sus constituciones, normas y decretos: a Nuestro Señor, piedra angular, Salvador, Mediador ante el Padre, fundador de la Iglesia y su sostén con el Paráclito. A Nuestra Señora, madre de la Iglesia y Trono de la Sabiduría y a Santo Tomás en dos ocasiones: cuando habla de los seminarios y su organización y en el documento sobre la educación cristiana.

En todas las universidades católicas de América Latina las enseñanzas de Cristo y la voz del pontificado, lo mismo que la producción doctrinaria del Concilio Romano han sido difundidas, explicadas, defendidas, tanto en las facultades teológicas como en los institutos de la misma índole para seculares; como en los distintos movimientos estudiantiles patrocinados por la Iglesia. En los estatutos y reglamentos, en los programas culturales y en numerosas cátedras jurídicas, sociológicas, filosóficas, de relaciones humanas, de los códigos del trabajo, de la metafísica y específicamente de la ética, las normas del Evangelio y las enseñanzas de Cristo Nuestro Señor van llevando luz, calor y dinamismo humano y divino al claustro universitario, respetando la libertad y la autonomía de las ciencias y la libertad de la persona humana.

Las universidades católicas de América Latina no están discriminando, en general, el estudiantado por sus posiciones políticas, condiciones sociales ni religiosas. A ellas acuden estudiantes por su propia voluntad o por el deseo de sus padres, unas veces por el nivel académico no inferior a las universidades del Estado, otras, por el orden y espíritu de hogar que reina en la mayoría de sus claustros lo mismo que porque en ellas se encuentran a menudo los estudiantes consejeros, capellanes orientadores, profesores amigos que los estudian y estimulan y procuran comprender y encauzar las inquietudes de este mundo en desarrollo.

Cuántos ciudadanos útiles, parlamentarios, escritores, directivos de empresas, magistrados, técnicos, humanistas, médicos, artistas, sociólogos y trabajadores sociales, con ética y sentido espiritualista de la vida, con un gran sentido del bien común, con la bandera de la justicia social entre sus manos, han salido de las aulas de las universidades católicas.

Si se repasan los parlamentos de la América Latina o se llega a los estrados de la justicia; si se ingresa a las empresas oficiales o privadas del desarrollo, si se leen las revistas que producen las universidades católicas latino-americanas, es preciso concluir que la clase dirigente formada por ellas, ha acrecentado la industria, ha logrado leyes sociales justas, ha trabajado tesoneramente por que se acelere la reforma agraria, ha ayudado a planificar ciudades, ha logrado estudios bastante profundos sobre la riqueza colonial de nuestros países en la pintura, en la escultura, en la arquitectura, en la orfebrería y en la cerámica y ha procurado defender los fueros de la persona humana, los derechos de la Iglesia y las libertades esenciales.

En el sindicalismo cristiano, en el cooperativismo en ciudades y campos, en la acción comunal, en las campañas de salud pública, en la preocupación por las zonas marginadas, profesores y estudiantes de las universidades católicas han sido pioneros muchas veces, creadores de iniciativas legales, sociales, dinámicas en favor de las clases menos favorecidas.

El profesorado y los estudiantes de las universidades católicas han venido estudiando las encíclicas pontificias, han escrito o radiado su pensamiento y han ido hasta las veredas más remotas con sacerdotes o misioneros o con seculares apóstoles para alfabetizar unas veces, para despertar fuerzas dormidas en las comunidades abandonadas, para enseñarles lo que en las aulas aprendieron y conocieron como viable.

Carecemos de estadísticas y no tenemos un contacto suficiente y un órgano que de a conocer los éxitos culturales obtenidos por las universidades católicas en numerosos concursos nacionales e internacionales, pero no existe una universidad católica, que merezca el nombre de tal, que no haya obtenido valerosos resultados en las contiendas del espíritu y en la contribución al desarrollo.

Universidades católicas existen en América Latina que han obtenido el visto bueno de la Santa Sede, que han dado líderes a todos los movimientos propiciados por el episcopado y no son pocas las que han merecido aplausos de los parlamentos, sin distinción de partidos, de las academias científicas de nuestros países o de los representantes de universidades oficiales o privadas que no pertenecen a la Iglesia.

Preguntábamos en el primer congreso mundial de universidades católicas al sabio Padre Gemelli sobre el mayor éxito de la universidad católica de Milán y él nos contestó sin vacilar: "El haber logrado formar la mayor parte de los profesores de la Universidad Católica del Sagrado Corazón y el de numerosos catedráticos para las universidades estatales a las que han llegado por concurso".

En mi país y en otras naciones de la América Latina la tarea de la formación del profesorado ha significado esfuerzos inauditos por las dificultades económicas, porque no existían bibliotecas que reflejasen el avance de la ciencia y el pensamiento de un humanismo cristiano moderno, porque los laboratorios y material de enseñanza con las técnicas actuales han sido costosísimos y por que en algunos países las legislaciones laicistas obstaculizaban la promoción de profesores cristianos a las posiciones de alcurnia espiritual o de puntos claves para el influjo social político.

La juventud que se educa en las aulas, tanto de las universidades católicas como de las que no lo son, a lo largo de la América Latina, tiene un sentido social hoy más arraigado que hace un decenio y está preocupándose cada vez más porque las relaciones obrero-patronales sean más justas, porque vaya desapareciendo el analfabetismo, por la creación de institutos tecnológicos de tipo medio, por la creación de carreras cortas, porque los parlamentarios y los banqueros, ayuden con becas y préstamos a largo plazo o sin intereses durante la carrera, porque los institutos técnicos gratuitos sean protegidos por el gobierno, porque en las veredas se conjuguen la capilla, con la escuela y el puesto de salud y por estudiar soluciones, a corto o largo plazo, para la vivienda de la clase media o de la clase obrera en las ciudades y en los municipios pequeños, porque sean estudiados en las facultades de arquitectura los materiales autóctonos que aminoren el costo de las construcciones y porque el cúmulo de prestaciones sociales no caigan con el mismo rigor sobre las empresas grandes como sobre las pequeñas factorías.

Obispos, sacerdotes, instituciones cristianas, universidades y centros de bienestar común han realizado a través de la América nuestra obras de vivienda, en las relaciones sociales, en el adoctrinamiento de gentes y directivos, en el dinamismo del sindicalismo cristiano que tienen que ser admiradas, agradecidas e imitadas.

Cáritas diocesana ha desplegado apóstoles seculares por todo el hemisferio y en ese mismo contacto con la miseria han logrado sustituir el aporte caritativo por la formación de pequeños centros veredales cuyas habilidades esperaban el aporte para su desarrollo.

Los dineros de países ricos y de universidades ricas de otros continentes han favorecido a algunas pocas universidades católicas para programas de investigación, de salud pública, de ciencias básicas, de estudios socio-económicos a nivel regional o nacional.

El clamor de la "Populorum Progressio", como antes el de la "Mater et Magistra", porque se cumpla la justicia internacional y porque se paguen los productos y materias primas de los países en desarrollo a un precio equitativo, no han encontrado todavía líderes internacionales y estadistas de los países ricos que arriesguen su posición o su porvenir político creando el clima nacional para que se cumpla la justicia y no nos compren barato ni nos vendan caro. Ni tampoco han estado ausentes ciertas promesas de ayuda de compromiso previo contra la explosión demográfica por métodos inmorales, lo mismo que en países detrás de la cortina de hierro han condicionado la ayuda esporádica al apoyo de corrientes materialistas en las aulas o en las orientaciones del país. Pero las universidades católicas reclaman y porfían contra tales colonialismos.

El fondo común de las naciones, pedido por el Papa en solemnes ocasiones, ha sido hasta ahora voz que clama en el desierto. Como ha sido muy pequeña y transeúnte el aporte de las universidades ricas de países desarrollados, aun tratándose de las mismas universidades católicas, a las nuestras que luchan con heroísmo, que han elaborado programas de avance y progreso, desean aumentar cada día los profesores de tiempo completo, mejorar sus laboratorios y actualizarlos, acrecentar sus bibliotecas y obtener ayuda de técnicos expertos y sabios extranjeros que entiendan nuestra idiosincracia, respeten nuestras tradiciones y vengan con la humildad requerida para la búsqueda de la verdad.

La formación de capellanes universitarios, de consejeros seculares, de sicólogos y siquiátras espiritualistas, no ha sido tarea fácil, encontrarlos, formarlos o adquirirlos. La escasez de tales sacerdotes o de laicos orientadores que entiendan la juventud actual sin perturbarla, encauzándola y trabajando en equipo y lealtad con las directivas, es uno de los problemas más difíciles y más urgentes de resolver para prelados y universidades. La declaración de Buga contempla el fenómeno que es muy complejo todavía y requiere un esfuerzo conjunto del episcopado, las directivas y los escasos centros de formación de tales líderes.

Sobre el diálogo

Entre la sagrada teología y las demás manifestaciones del espíritu, van apareciendo folletos y volúmenes sobre la teología del desa-

rollo, sobre la ética del mismo, sobre la dignidad de la persona humana, sobre la teología de la familia, sobre la libertad religiosa esclarecida en el Concilio, sobre la justicia social y sobre la justicia internacional, sobre la metafísica de la historia, sobre los principios teológicos del arte en la colonia y en la conquista y sus riquezas artísticas y religiosas, sobre la gigantesca obra de las misiones en la epopeya grandiosa de la evangelización del continente, sobre la teología del trabajo, sobre las obligaciones del estudiante universitario con la sociedad a la cual le debe su ascenso de la cultura superior, sobre la catequesis de las distintas razas y lenguas, sobre los medios de comunicación masivos y adoctrinadores, como son el caso de la acción comunal en Colombia y de una semejante en el Brasil; y todos ellos traen, aportan, sugieren, inquietan y suscitan iniciativas y los hombres providenciales que las realicen.

Los movimientos del apostolado seglar, sobre la preparación para el matrimonio, los ejercicios espirituales, los cursillos en las ciudades y en los campos y la formación de líderes en todos los estamentos, desde el industrial hasta el campesino, vienen fomentados desde Roma, apoyados valientemente por el Celam y han tenido colaboradores de las universidades católicas nuestras, posiblemente sin ninguna excepción.

La mayoría de las universidades católicas latino-americanas que empezaron a la defensiva para tutelar los principios cristianos contra el laicismo escolar han abierto una brecha espiritualista en no pocas universidades oficiales y en ellas son escuchadas con respeto, por lo menos en algunos países y en no pocos centros de educación oficial. En el nivel académico algunas tienen predominio en el país por su alcurnia moral y científica, otras van pareadas con las universidades oficiales, y los centros más nuevos van haciendo esfuerzos, a veces aislados, a veces mal planeados, a veces incomprensidos, a veces innecesarios. Pero la buena fé y el ánimo de apostolado y de sentido patrio late profundamente en el corazón de los claustros y de la Iglesia.

Las universidades católicas comprenden la necesidad del deporte, la urgencia de fomentar el teatro sano y el folclore criollo, el estudio de las tradiciones y costumbres religiosas que crearon los misioneros; procuran formar periodistas y escritores y ciudadanos con una formación integral que vayan a los bancos, al comercio, al parlamento, a las organizaciones internacionales, a los laboratorios, a las técnicas del transporte y de la exportación, a la planeación en la educación, en la vivienda y en la agricultura con un sentido de servicio porque ellas comprenden que el carisma de los nuevos tiempos es la vocación de servicio.

Las universidades han venido creando cada día más incentivos influyentes en los destinos nacionales y en el desarrollo, lleno de zozobras, en estos países, en plena adolescencia evolutiva. Las oligarquías políticas raciales tan alejadas hasta hace poco del pueblo y de la justicia social, van sintiendo el fermento espiritualista y ético de numerosos profesionales cristianos salidos de nuestras aulas y de no pocas universidades del Estado.

Si el episcopado alemán y el norteamericano lo mismo que el de otros países desarrollados pudieran tener más contacto con nuestras universidades católicas latino-americanas, con sus deficiencias, lagunas

y dinámicos anhelos de superación, afianzarían la labor extraordinaria que han realizado ya en numerosos sectores espirituales, y serían correspondidos con largueza y eficacia. Profesores de teología y filosofía, de sociología y trabajo social, de relaciones públicas industriales y comerciales, de técnicas pedagógicas y equipos audiovisuales, nos serían un acicate y un estímulo imponderable.

La sagrada teología debe tener facultades o institutos en todas las universidades católicas para que ellas vayan irradiando luz y soluciones, y llenando tantos vacíos que tienen las técnicas por carencia de un humanismo cristiano y de una teoría de base. La búsqueda de tales expertos tiene grandes dificultades, como lo dice la declaración de Buga, ora porque no son muy numerosos los tratados y teólogos que interpreten auténticamente el admirable equilibrio doctrinal del Concilio Vaticano, ora porque los tienen ocupados en las condiciones postconciliares o en las facultades teológicas de nombradía y también porque no es lo mismo saber que saber enseñar ni lo mismo tener doctrina suficiente y adecuarse al medio en que actúan, sin subestimar tradiciones venerables, culturas autóctonas u organizaciones peculiares de cada país acordes con la jerarquía.

Las universidades católicas latino-americanas están con el Papa, desean comprender y practicar las orientaciones admirables del Vaticano Segundo, confían en el apoyo y aporte pastoral de sus prelados.

En la "Populorum Progressio" dice Paulo VI: "Además de las organizaciones es de notar la actividad de las instituciones culturales. Su función no es menor que el éxito del desarrollo". "El porvenir del mundo corre peligro, afirma gravemente el Concilio, si no se forman hombres más instruídos en esta sabiduría", y añade: "muchas naciones económicamente más pobres, pero más ricas de sabiduría, pueden prestar a las demás una extraordinaria utilidad". Rico o pobre, cada país posee una civilización, recibida de sus mayores: instituciones exigidas por la vida terrena y manifestaciones superiores —artísticas, intelectuales y religiosas— de la vida espiritual. Mientras que éstas contengan verdaderos valores humanos, sería un grave error sacrificarlas a aquellas otras.

Un pueblo que lo permitiera, perdería con ello lo mejor de sí mismo y sacrificaría para vivir sus razones de vivir. La enseñanza de Cristo vale también para los pueblos: "De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?".

Nació una Montaña